

OLAS



La conocí un domingo en la playa, de esos donde el sol cae lento y la brisa parece quedarse más tiempo de lo normal. Estaba sola, mirando el mar como si ya lo conociera. Me acerqué sin intención clara, y terminamos hablando como si nos hubiéramos visto antes, como si la conversación ya estuviera empezada.

Hablamos de todo y de nada. De la vida, de lo que uno busca y de lo que termina encontrando sin querer. Su voz tenía algo tranquilo, pero sus ojos... sus ojos no estaban en la orilla, estaban más allá. Como si perteneciera a algo que no estaba del todo aquí.

El tiempo pasó sin darnos cuenta. La marea subía poco a poco, y ella se levantó primero. Me miró, sonrió apenas y dijo que el agua estaba perfecta. Me extendió la mano, y sin pensarlo mucho, la tomé. Caminamos hacia el mar mientras el ruido de las olas se hacía más fuerte.

Al principio fue juego. El agua golpeando suave, las risas, la cercanía. Pero algo cambió. Se quedó más cerca de lo normal y su mirada se hizo más intensa. Me besó. No fue un beso apresurado, fue lento... como si midiera el momento. Como si supiera algo que yo no.

Sentí cómo me llevaba un poco más adentro. No con fuerza, sino con intención. El agua ya no llegaba a la cintura, subía más. Cuando abrí los ojos, algo no estaba bien. Su cabello flotaba distinto... su cuerpo también. Y por un segundo, lo vi: no estaba caminando... estaba deslizándose.

Intenté soltarme, pero su mano no lo permitió. Me miró una última vez, y en sus ojos ya no había calma... había profundidad. Me jaló hacia abajo, y el sonido del mar se volvió silencio. Mientras el aire se me iba, solo pensé en algo: nunca supe si la conocí... o si el mar me estaba esperando.